

# Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

## COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).  
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

---

---

AÑO III

SEPTIEMBRE 30 DE 1926

NÚM. 7

---

---

González Vera

## Alhué

**L**EYENDA.—Nací en la frastienda de un negocio de menestras... Mis progenitores vivían entonces en Alicura, pequeño y viejo pueblo del sur, fundado durante el coloniaje por algunos franciscanos.

El negocio, por desventura, no duró muchos años, porque mi padre poseyó en demasía el talento de olvidar a sus deudores.

Esa virtud hidalguísima lo obligó a trasladarse a la capital, en donde, para asegurarnos el sustento, tuvo que enseñar las primeras letras a los guardianes de una comisaría.

Mientras tanto yo iba cumpliendo tres años. El mundo debió parecerme, si es que en esa edad puede uno tener un rudimento de juicio, una gran noche rumorosa.

En la vida de cualquier hombre, los primeros seis años existen para los demás. Aunque uno se torture no logrará aislar un solo recuerdo de esa etapa de la infancia. Uno salta de la oscuridad a la vida consciente con los sentidos vendados.

Mi existencia real comienza en Alhué, pueblo donde mi padre desempeñó un mísero cargo burocrático.

PERSPECTIVA.—La propia niñez, cuando se ha dado una vuelta a la vida, es algo increíble. Se concibe que los demás hayan sido niños, porque en los demás todo es verificable y lógico. En uno, los años inútiles se borran.

Si alguna vez mi pensamiento se curva hacia el recuerdo, y trato de verme en mi primera edad, sólo consigo desenmarañar tres o cuatro hechos significativos, pero insuficientes para restablecer el sentido de mi carácter.

En un pueblo, donde para vivir no es menester el esfuerzo, ni nadie se pregunta para qué vive, ni la inquietud encuentra albergue, es imposible, desacostumbrado e innecesario no parecerse a los demás.

Por eso la infancia de quien ha vivido en un pueblo carece de perfil.

Quizás optara uno por ser el mismo si le fuese permitido renacer; pero, seguramente, no querría pasar su infancia en una aldea, porque el espíritu que ahí se forma es anodino, indefinido y lento.

Dentro de las ciudades la vida es dramática y culminante: florecen las grandes pasiones, se suceden los hechos heroicos y el misticismo puede asilarse en millares de almas. También los campos, los campos en que la naturaleza conserva su iniciativa salvaje, pueden aureolar de dignidad la existencia del hombre. Allí el instinto alcanza todo su esplendor y la vida se define a cada instante.

Pero en los pueblos lo que nace con color se destiñe. Y no surge ningún impulso, porque existe modelo para todos los actos.

En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiese creído que trascurrían de noche por lo inadvertidos que eran.

Frecuentemente, cuando algún sujeto necesitaba escribir una carta, podía oírse esta pregunta:

—¿Todavía estamos en tal año?

La existencia era tediosa. Los muchachos, después de prolongada infancia, convertíanse en hombres, y pronto, sin extrañar a nadie, envejecían. Los viejos ya lo eran en otra época, y aunque el color de sus barbas fuese evolucionando, seguían tomando el sol y presenciando el nacimiento de nuevas generaciones.

Bajo idéntica norma estaban las mujeres. Mientras gozaban de su soltería, llevaban en el rostro la primavera; pero apenas eran abrazadas por su elegido, las líneas discretas se hinchaban y los labios rompían el sello juvenil.

Aunque no era forzoso conducirse de tal o cual manera, grandes y pequeños, desde el comienzo hasta el fin, no se desviaban una pulgada de la ruta abierta por los que ya estaban sepultados.

Los oficios se heredaban y traspasaban sin más caudal que el recibido. Y los hábitos también. Cuando el padre era alcohólico, inevitablemente, se convertía el hijo en bebedor. Las familias pobres mantenían su situación con extraña fidelidad, y sin que fuese menester testarlo, sus continuadores habitaban la misma casa ruinoso, vestían iguales harapos y sufrían parecidas vicisitudes.

Durante las sequías aumentaba el sopor. La vida era una siesta continuada. Momificábanse en sus asientos los comerciantes, y los artesanos se tornaban idiotas. Entonces, sólo entonces los jóvenes partían a las ciudades.

Allí, tratando gentes diversas y entrando en el mundo desconocido de las ideas, se despejaban. Y cuando retornaban a sus hogares, agotada la primera alegría, sus progenitores, aunque estuviesen entoncidos por la pereza y la vida animal, no dejaban de comprender que entre ellos y sus hijos el nexo familiar desaparecería inexorablemente.